

Los extremeños y sus costumbres en la *Guía para viajeros ingleses* de Ricardo Ford

Ford llega a tierras extremeñas setenta años después de la visita del viajero y escritor ilustrado Joseph Baretti¹, testigo de excepción de la realidad de Extremadura en el siglo XVIII². Sin embargo, cuando Ford recorre esta región, las condiciones de vida, las relaciones sociales y el propio paisaje urbano de sus poblaciones apenas han experimentado cambio alguno. En efecto, un cotejo, por somero que sea, de los documentos literarios que estos dos visitantes nos han legado, nos muestra sin lugar a dudas que el reloj de la historia y el progreso hacía ya tiempo que estaba detenido en Extremadura. La práctica totalidad del pueblo extremeño, según se desprende del relato de Ford, continuaba sumida en la miseria. El estado de las ciudades, las viviendas, las posadas y los caminos era idéntico al de la centuria anterior. Esto, por supuesto, no quiere decir que todas las afirmaciones y apreciaciones de carácter general y concreto de Richard Ford y Joseph Baretti sean siempre coincidentes. Lejos de ello, el talante de estos dos escritores y sus respectivas escalas de valores son diferentes, como diferentes, cuando no opuestas, son la mentalidad y las perspectivas del Siglo de las Luces inglés y el Romanticismo victoriano. Estas divergencias son importantes, pues los enfoques de estos dos viajeros influyen necesariamente en la selección de temas y anécdotas, en el tratamiento de los mismos y, por consiguiente, en sus prioridades a la hora de plasmar el fruto de sus observaciones. Ford, en concreto, sin hacer el alarde de intenciones que hace su precursor en el

1 Joseph Baretti nace en Italia en 1719, pero posteriormente se traslada a Inglaterra, donde pronto se integra en el círculo literario de Samuel Johnson. Baretti es, en consecuencia, por generación y formación, hijo del Siglo de Las Luces, lo cual se refleja claramente en su obra *A Journey from London to Genoa through Portugal, Spain, and France* (edición facsímil [New York y Washington: Praeger Publishers, 1970]).

2 He tratado este aspecto con mayor detenimiento en 'Images of Extremadura in Joseph Baretti's *A Journey from London to Genoa, through Portugal, Spain, and France*', en *Anglo-American Studies*, VII, 1 (abril 1987), eds. Román Álvarez Rodríguez y Ramón López Ortega (Salamanca 1987) pp. 61-8.

Prefacio de su obra al prometernos un cuadro eminentemente costumbrista³, se fija mucho más en las costumbres, la idiosincrasia, los defectos y los valores del pueblo anfitrión. Sin embargo, los prejuicios que le acompañan en el viaje le impiden a menudo ver con nitidez y valorar de modo ecuánime a estas gentes. Por ejemplo, repite hasta la saciedad la falta de ambición personal de los hijos de esta tierra, fruto, según él, de una apatía e indolencia generalizadas. Afirmaciones del tipo de «Ya que basta con mantener el cuerpo y el alma juntos, [en esta tierra] hay poco incentivo para mejorar o hacer acopio»⁴, son muy frecuentes en su *Guía para viajeros ingleses*. Ford atribuye esa falta de espíritu emprendedor a una cultura que él considera muy próxima a la oriental, y Oriente, en este y otros viajeros de la época, es sinónimo de inercia y pasividad. «...todo esto es muy oriental»⁵, nos dice, por ejemplo, refiriéndose a la clara preferencia de los extremeños por el pastoreo sobre la labranza. Esta última actividad, recuerda Ford, «requiere una residencia fija, visión de futuro, medios técnicos y mucho esfuerzo corporal, mientras que en el pastoreo, la Naturaleza, que es la que provee la hierba, realiza todo el trabajo» (775). El cuidado del ganado le parece más propio de los nómadas de Oriente o del Norte de África; y por si quedara alguna duda sobre el juicio que le merece este viejo oficio, Ford lo denomina «...ocupación ociosa»⁶. Debido a las circunstancias de su viaje, es decir, a la necesidad de pasar mucho tiempo en esos caminos interminables que atraviesan inmensos espacios despoblados, Ford convive o se relaciona con un gran número de pastores. Por esas épocas, la presencia de rebaños del norte de España en Extremadura es aún grande, por lo que es de suponer que muchos de ellos ni siquiera fueran extremeños. Sin embargo, el viajero inglés parece creer que el pueblo extremeño se reduce a un «rebaño» de pastores. Como se ha visto, Ford, lejos de compartir la idealización bucólica y romántica de este oficio, ve en los pastores «simples brutos, como los animales con quienes conviven y con cuyas pieles se visten» (775). Estos hombres le parecen los causantes de todos los males habidos y por haber en la región. No sólo representan, como se ha dicho ya, la alternativa fácil a la agricultura e industria necesarias, sino que, a su juicio, son además los culpables de la despoblación de estas tierras:

«Estos pastores nunca viven en ciudades, raramente se casan y de este modo no contribuyen en absoluto a ese aumento tan necesario de la

³ Baretto dice que la intención al escribir dicho libro es procurar que «la imaginación del lector se forme una idea lo suficientemente justa de España, mostrando tanto la cara del país como las costumbres de sus habitantes» (Prefacio, p. viii).

⁴ Richard Ford, *A Handbook for Travellers in Spain* (Londres, Centaur Press., 1966) p. 771. Todas las citas que aparecen en este artículo corresponden a esta edición y las páginas aparecen en el texto entre paréntesis.

⁵ *Ibid.*, p. 775.

⁶ *Ibid.*

población ni a la cultura. Cuando no están dormidos o comiendo, permanecen quietos de pie, inmóviles y abobados como sus ovejas, apoyados en sus cayados, y útiles tan sólo para posar ante un artista o para la estrofa de un poeta» (775).

Por cierto, la escasez de la población extremeña es algo que difícilmente se les escapa a los visitantes de Gran Bretaña. Acostumbrados a una densidad de población muy alta desde hace varios siglos, a los ingleses, como se refleja en los documentos literarios y en los comentarios del visitante común, le resultan sorprendentes esas grandes extensiones vacías que existen entre muchas ciudades y pueblos. Ford no es una excepción. También le extraña que en una región como Extremadura el elemento humano escasee tanto, sobre todo cuando las cabezas de ganado son tan numerosas:

«Comparado con la abundancia de criaturas animales, el hombre, señor de la creación, escasea. La población de Extremadura oscila alrededor de 600.000, lo que apenas arroja una media de 350 almas por legua cuadrada» (771).

Aunque la comparación no es muy feliz, las veremos peores. Por ejemplo, en esos símiles en que de modo obsesivo parece meter en el mismo saco a los hombres y al ganado —sobre todo los cerdos— de estas tierras. Extremadura le parece un enjambre lleno de vida, en el que sólo faltan los hombres y las mujeres. Esta reflexión, muy frecuente en su narrativa, puede adquirir en ocasiones tonos poéticos. Así, refiriéndose a la riqueza entomológica dice:

«...pero los cielos y la tierra están llenos de esos seres diminutos, y en estos solitarios yermos, donde ninguna voz humana perturba el silencio, el aire cálido y suave resuena con el zumbido de una multitud de insectos que, sin cobijo ni despena, se mueven de acá para allá en busca de amor y alimento, en el buen tiempo, alegría de sus almas diminutas y de su corta y placentera existencia» (778-79).

Ford, como se veía en su original interpretación del celibato de los pastores, acusa a las gentes de estas tierras de ser incapaces de garantizar la necesaria procreación. Esta le parece la causa del problema, y se niega a aceptar otros motivos más nobles, como el de la sangría que supuso la conquista y colonización de América para Extremadura, tesis mantenida por algunos historiadores y muy consoladora para los habitantes de estas tierras. Veamos un pasaje característico, que haría las delicias de los buscadores de páginas de la Leyenda Negra, en el que nuestro ilustre visitante, en una mezcla de ironía y dogmatismo, despacha en unas cuantas líneas casi toda la historia de España y explica las fuentes de la mayoría de nuestros males:

«De este modo, de las pjaras de cerdos de Trujillo y Medellín partieron Pizarro y Cortés para conquistar y asesinar a decenas de miles de hombres; y millares de paisanos suyos, o compatriotas, fascinados por sus éxitos y por el sueño del oro, se lanzaron a esta nueva conquista, al igual que los menesterosos árabes y los bereberes abandonaron Siria y Africa con rumbo a España en el siglo VIII. Algunos autores españoles, temerosos de la verdad, han atribuido la despoblación de Extremadura a esta sangría humana. Pero la colonización nunca debilita a un estado fuerte y bien organizado. Un mal gobierno, civil y religioso, fue la causa real de esta abominable desolación, que cualquiera que recorra Extremadura podrá comprobar; pero esta gente es aficionada a buscar causas ajenas para fallos que no son sino el inevitable resultado de motivos internos» (772).

Oriental es también para Ford esa rutina proverbial profundamente enraizada en la cultura, que mantiene a los españoles sumidos en la pobreza y en la ignorancia. En esto, ve también en esta región el ejemplo más conspicuo del país: «...aquí [en Extremadura] hallamos un doloroso ejemplo de los obstáculos morales y materiales que se oponen a la prosperidad de España» (771). Las afirmaciones que el viajero inglés hace en este sentido, carecen completamente de esa mesura que debe acompañar a todo juicio crítico:

«...para ellos la ignorancia es la felicidad y prefieren disfrutar de una indolente carencia no sólo de comodidades sino incluso de lo más imprescindible, a trabajar o preocuparse por el progreso de forma desmesurada, que para ellos es más un elemento de riqueza e inteligencia que de felicidad animal» (772).

Nos dice también Ford que las familias se sienten satisfechas con lo mínimo imprescindible; y que siguiendo el viejo adagio castellano, que él transcribe en español tal y como lo oye —«más vale el mal conocido que el bien a conocer» (772)—, estas gentes temen cualquier cambio, sabiendo que normalmente es para peor, y antes de arriesgarse a la incertidumbre de algo mejor, prefieren soportar los males a que están acostumbrados (772). Aunque en algunas de estas apreciaciones, como se señalaba antes en su diagnóstico, apenas varía con respecto a Baretti, el optimismo del visitante ilustrado contrasta con la actitud de Ford, marcada a veces por la irracionalidad del prejuicio. En efecto, lo que para Baretti era sólo fruto de una falta de educación fácilmente remediable, Ford intenta explicarlo con un determinismo no exento en ocasiones de ciertas notas de corte racista que le hacen caer en actitudes despectivas y en descalificaciones gratuitas. Así dice en su *Guía*:

«El hombre extremeño es de hecho una especie de segunda clase y fue creado para cuidar pjaras de estos cerdos, que llevan la antaño vida feliz

de los dignatarios de la catedral toledana, con la ventaja añadida de ser más valiosos cuando están muertos» (776).

El prejuicio le impide incluso valorar positivamente cualquier excepción a esa pretendida indolencia generalizada. Así, por ejemplo, cuando se topa con algún extremeño industrial, lejos de considerar noble su afán, lo atribuye simplemente a la codicia. «Los extremeños —nos dice textualmente— ...cuando se sienten suficientemente motivados por la avaricia, por ejemplo, son capaces de grandes esfuerzos» (772). Lo más positivo que dice de la personalidad colectiva de este pueblo es que es «una mezcla entre el alegre fanfarrón andaluz y el serio y orgulloso castellano» (772). Sin embargo, esta pobre opinión que Ford tiene de las dotes laborales de estas gentes, está en contradicción con sus insistentes elogios a ciertos productos elaborados por ellas. (José Alberich, uno de los estudiosos más autorizados de la literatura de los viajeros ingleses del siglo XIX por tierras españolas, ve en la enemistad secular a que la historia ha condenado a España y a Gran Bretaña la raíz de esos prejuicios que a veces predisponen tan negativamente a los visitantes ingleses⁷). «Los jamones de Montánchez», dice este autor, «son exquisitos» (814); y califica a sus chorizos de «transcendentales» (814). Ford refuerza estas preferencias gastronómicas personales con alguna que otra cita que, además de añadir autoridad a sus aseveraciones, le permite exhibir su erudición. «Toda es cosa vil adonde falta un pernil», sentencia el viajero inglés citando en castellano a Lope de Vega⁸. Pero, como buen inglés, y tal vez por imperativo de una educación puritana, se apresura a hacer una llamada al orden y la moderación. Los embutidos extremeños, dice refiriéndose al chorizo y al bacón —no al inglés, por supuesto— pueden ser peligrosos: «La gran cantidad de chorizo y pimienta que se come en Extremadura produce carbunco»⁹.

Otra observación curiosa sobre la dieta de nuestro país, es la referente a nuestra afición a los alimentos secos o conservados en sal. Ford, haciendo casi abstracción total de lo determinante que puede resultar un clima cálido en casos como éste, se limita a decir que este tipo de alimentación responde a que los españoles, sobre todo los extremeños, son un pueblo cuasi nómada, dedicado al pastoreo:

«Los hábitos nómadas de los españoles requieren unas provisiones fácilmente portables y duraderas, de ahí el gran consumo de salazones —bacalao, cecina...—» (814).

⁷ José Alberich, 'La imagen de España en la Inglaterra del ochocientos', en *Filología Moderna* 52-3 (1974-5) p. 115.

⁸ Richard Ford, op. cit., p. 776.

⁹ *Ibid.*, p. 776.

Aparte de lo mucho que parecen gustarle estos «peligrosos» alimentos, lo único bueno que Ford dice de la gastronomía extremeña es que, a diferencia de lo que ocurre entre algunas tribus musulmanas, los saltamontes —plaga común y temida también en esas tierras— no forman parte de la dieta habitual (778).

Como se ve, la descripción de las costumbres y las tradiciones de nuestros antepasados va siempre acompañada de juicios de valor. Estos se suelen repartir por partes iguales entre el primitivismo brutal de las gentes con que se encuentra, y lo que desde la ideología protestante subyacente en sus sistemas de valores, Ford define como obscurantismo y superstición.

Así, a propósito de las frecuentes plagas de langosta que asolan los campos de Cáceres y Badajoz, el viajero inglés nos cuenta cómo los poceros, al ver en peligro los pastos de su ganado por la acción de estos acrídidos, «declaran la guerra a sus enemigos alados, barriéndoles hacia las zanjas y que mándoles en montones» (778); y se apresura a añadir que a menudo «el cura lleva una reliquia que ahuyenta a las hordas invasoras hacia la parroquia siguiente, y así consecutivamente —usque in partibus infidelium—» (778). Otro ejemplo elocuente lo constituye una costumbre funeraria que recoge en su *Guía*:

«...en una puerta lateral, sobre una piedra de mármol, está colocado el martillo con que se daban golpes cuando se estaba muriendo un canónigo, antes de que se introdujeran las campanadas de difuntos. Los antiguos, en estas ocasiones, golpeaban los calderos de bronce para ahuyentar a las furias, del mismo modo que ahora espantan al demonio cuando tocan a muerto» (783).

Aparte de esas costumbres que le dan pie para sermonear sobre las «virtudes» de sus anfitriones, Ford recoge también en su *Guía* una serie de hábitos, usos y gustos porque sencillamente, al parecer, le resultan curiosos. Nos dice, por ejemplo, que a los jóvenes extremeños les gusta comer bellotas (aunque en esto tampoco puede evitar compararles con los cerdos)¹⁰; o que los habitantes de estas tierras, como los españoles en general, sienten una gran afición por los grillos —aunque en estos casos nunca estamos del todo seguros de si lo que más le interesa es el dato en sí o la oportunidad que le brinda para hacer alarde de erudición. En efecto, sobre la bellota dice, citando a Tíbulo, Estrabón y Plinio, que «constituía la primitiva dieta de los pobres iberos» (776), añadiendo a continuación que la «mujer de Sancho Panza era por lo tanto bastante clásica cuando envió algunas bellotas a la duquesa» (776); apoya también en *El Quijote* su afirmación en torno a la citada pasión que los españoles sienten por los grillos:

¹⁰ Ibid., p. 778.

«A los españoles, como a los antiguos, les encantan los grillos. Lo primero que Sancho regala a su muchacho es una jaula de grillos, y éstos, unos insectos negros grandes, se venden en los mercados en pequeñas jaulas de alambre» (777).

Como se ve en sus páginas, el comentario acre sobre algunas costumbres acompaña a menudo a noticias y anécdotas que satisfacen plenamente la curiosidad del lector. Pero el efecto, a veces devastador, que puede tener un prejuicio a la hora de pintar un cuadro costumbrista, no pone en peligro ni la capacidad de observación de Ford ni su habilidad para plasmar literariamente estas imágenes. En efecto, Ford, además de una curiosidad inagotable, posee una cultura lo suficientemente sólida como para saber apreciar el valor de lo que ve. Por ejemplo, en Pasarón, para citar uno de los pasajes más hermosos de su relato, es capaz de adivinar auténtico ballet en el simple y grácil caminar de unas jóvenes campesinas que, ataviadas con el traje regional, entonan sus cantos:

«Alegraba nuestro viaje la compañía de grupos de bronceadas hijas del trabajo, sin otra dote que la salud y el buen humor, que llevaban la comida frugal de los viñadores en cestos colocados sobre la cabeza. Agil y desenvuelto era el paso de sus pies desnudos, sin más estorbo que las sandalias; y alegres su risa y sus cantos, coro de la felicidad total de una juventud sana y despreocupada. Estas hermosas criaturas, aun sin saberlo, con su vestuario y movimiento, estaban poniendo en escena un ballet de ópera. ¡Qué alegres eran sus sayas cortas de estameña roja, verde y amarilla! ¡Qué primitiva la cruz de su pecho! ¡Qué elegante el pañuelo que llevaban a la cabeza! Así caminaban, saltarinas, jugando bajo los castaños repletos de hojas» (823).

Otro capítulo que reviste especial interés en la *Guía* de Ford lo forman sus múltiples referencias al paisaje, la fauna y la flora de esta región; estos datos, disseminados a lo largo del libro, hacen de éste, en cierto sentido, una obra pionera. Sus afirmaciones sobre la belleza paisajística y la variedad de especies animales y vegetales de Extremadura, suponen un reconocimiento de su riqueza natural, que se adelanta en más de un siglo a un sentir hoy muy generalizado.

Esta parte de la narrativa que Ford dedica a la Naturaleza es, sin lugar a dudas, la que alcanza el más alto valor literario. Ford es, por ejemplo, uno de los precursores del enorme interés que han despertado las aves que llenan el cielo extremeño, especialmente las migratorias:

«Abundan las aves de rapiña de todo tipo, y en verano bandadas de tórtolas vienen desde Barbaría para criar, y puesto que nunca son molestadas apenas evitan el acercamiento del hombre, sino que se arrullan en parejas simbolizando la felicidad conyugal» (778).

También aprecia Ford la riqueza entomológica de estos campos, conservada intacta precisamente —como nos dice con buena dosis de ironía— porque los entomólogos no la han descubierto aún (777).

Es capaz de ver igualmente el lado positivo de algunos de estos insectos que para otros viajeros sólo suponen un mal que hay que atajar. Concretamente a él no parece disgustarle el canto de las cigarras:

«Estas sonoras cigarras, cuya vida se reduce a una musical jornada de verano, se esconden en los olivos desmochados; se las oye, pero no se las ve, *vox, et praetera nihil*, como dijo *Lipsio* del ruiñeñor. Se dice que sólo el macho hace estos ruidos; y algunos poetas, de cuyo testimonio no podemos dar fe, aseguran que "el chirriante macho de la cigarra lleva una vida alegre y canta porque su pareja es muda"» (777).

Con respecto a los saltamontes, si bien toma nota, como se acaba de decir, del peligro que suponen para las cosechas, sus escritos demuestran que su observación es mucho más detallada, y no se contenta con esa mera constatación de carácter económico que caracterizaba a Baretto, su precursor ilustrado:

«La langosta es para Extremadura lo que el saltamontes autóctono fue a Atica: indígena. El instinto enseña a la hembra a no poner nunca los huevos en terreno que ha sido cultivado. Sus delicadas alas, de un rosa llamativo, parecen pintadas por el sol, y crujen como hojas secas [...]; destruyen más vegetal del que consumen, devorando cualquier verdura, excepto el tomate rojo, lo que es providencial, ya que los españoles casi viven de él» (777-78).

En idéntica línea se sitúan sus observaciones y comentarios sobre la geología y la botánica de Extremadura. Ford, siguiendo una práctica recurrente en sus páginas, entremezcla un merecido homenaje a la belleza natural de Extremadura, con la constante denuncia de la consabida ignorancia y falta de apreciación del pueblo que mora en este hábitat:

«Sólo en segundo lugar, detrás de las ovejas de Extremadura, están los cerdos, y una vez más la Naturaleza aporta en esto su ayuda, ya que vastos terrenos de esta región abandonada están cubiertos de bosques de roble, haya y castaño. Estas escenas campestres no tienen ningún encanto ante los ojos de los lugareños, que, ciegos ante lo pintoresco, sólo piensan en los cerdos que se pueden criar a base de hayuco y bellotas» (775-76).

La historia y el arte de estas ciudades llaman igualmente la atención de este viajero. Como veremos, y en eso coincide con Baretto, sus mayores piropos van dirigidos a la magnífica herencia monumental y cultural de los

pueblos que forman Extremadura. Pero a Ford, y en esto se diferencia del escritor del dieciocho, le interesa más la historia contemporánea, sobre todo cuanto tiene relación con la Guerra de la Independencia, en la que ingleses y españoles hacen causa común. Aun sin ánimo de entrar en esa parcela de la historia de España, pues rebasa los límites de mi competencia, mencionaré de pasada algunos ejemplos que, más que de la historia en sí, hablan de la actitud e incluso de los prejuicios de Ford. Refiriéndose a Godoy —al fin y al cabo extremeño también— asegura que:

«Fue el exponente del sistema corrupto del desgobierno de Madrid, la úlcera prominente que indicaba la plaga, pues cuando reyes déspotas reinan, un Dubarri gobierna, y cuando mandan reinas déspotas, de hecho un Godoy gobierna» (784).

Ford habla también de la interpretación supersticiosa que los españoles dan a las intrigas palaciegas que protagoniza este personaje:

«Los supersticiosos españoles creen que esto es efecto de la brujería. El rey delegó en él su poder y su prestigio en un país donde, como un sultán, el rey lo es todo» (784).

Pero está claro que lo que más le molesta del político extremeño es su alianza con Francia que, lógicamente, atenta contra los intereses de la corona británica. En el comentario que se ofrece a continuación, Ford compara la actitud del «traidor» Godoy con el heroísmo de Pizarro y Cortés:

«Extremadura, que pudo proporcionar un Pizarro y un Cortés para ganar mundos, ahora ¡qué decadencia! llega a convertirse en cuna de un Imaz para perder su capital y de un Godoy para malvender su reino. A la avaricia y extravagancia, *alieni appetens et sui profusus*, debe España el empobrecimiento de sus hospitales y de sus instituciones caritativas de cuyos fondos él se incauta, dándoles títulos gubernamentales, que resultaron no tener valor alguno como el *assignat* francés» (784).

La memoria de Ford parece muy frágil pues, unas cuantas páginas después, el signo de los comentarios que hace con respecto a Pizarro y a Cortés es bien opuesto. De Pizarro dice que «era valiente, astuto, falso, cruel, avaricioso de hecho y caprichoso como un Pachá oriental» (799). Y de Cortés asegura que «practicó los pecados dominantes tanto de los moros como de los españoles —avaricia, crueldad, efusión de sangre, fanatismo y mala fe, adornado con un talento caballeresco, valiente, orgulloso y temerario» (796).

Sobre la relación de los extremeños y los portugueses, que al menos al

nivel de la calle ha sido de mutua indiferencia, Ford se empeña en que es de franca y continua enemistad. Posiblemente esa supuesta enemistad haya existido más en la mente y los planes de los ingleses —siempre obsesionados por su política de «divide y vencerás»—, que en la perezosa relación de estos pueblos que viven a ambos lados de la raya. Ford apoya a veces sus afirmaciones en los documentos del duque de Wellington:

«He tenido que luchar —dice el Duque— con la vieja enemistad de los españoles y los portugueses, que más que otra cosa es la del perro y el gato, y que no se supera ni ante el peligro o el interés común ni ante nada, incluso entre personas particulares» (786).

La idea de la superioridad de la civilización islámica asentada en nuestra península en épocas anteriores se repite incesantemente en las páginas de Ford y es un tópico muy manido en los viajeros coetáneos y anteriores. Todos ellos tienen consciencia de estar recorriendo un país en decadencia que en épocas pretéritas había sido cuna de genios y un vergel. El pobre de Extremadura, por ejemplo, a diferencia del bandolero andaluz o del gitano y el pordiosero de otras tierras, nunca entra a formar parte de esa galería de arquetipos que los escritores viajeros —muy especialmente los británicos— contribuyen a propagar por Europa. Los pobres de esta tierra carecen del ingenio y el encanto del mendigo de la «mitología» picaresca. Son, por el contrario, y en el mejor de los casos, víctimas de la ignorancia y de un sistema económico deficiente; y en los cuadros que nos ofrece Ford, ellos mismos parecen la causa de su desgracia. Este tratamiento realista —aunque a veces excesivamente crudo— ha privado a esta región y a sus hombres de un canal de comunicación con el resto de las naciones europeas. En efecto, al no haber entrado en las estampas míticas del Romanticismo, Extremadura no ha proyectado ni siquiera esa imagen —casi siempre falsa— que de Andalucía y otras regiones se tiene en otros países europeos. Esta región continúa siendo una *terra incognita*. Y en sus campos, que no con sus gentes, los escritores viajeros se sienten tan a gusto que parecen no tener interés en que deje de ser una tierra virgen. Pero al mismo tiempo, la dureza del cuadro ofrece alguna ventaja. Lejos de metamorfosear la realidad en aras del exotismo romántico, se analizan los males sociales y económicos, y se buscan sus causas. Baretti, más inmerso en la tradición racionalista, lo hace mejor que Ford. Pero Ford, aunque se fija más en el detalle y la anécdota curiosa, tampoco prescinde de esas valoraciones de tipo general. A veces emite juicios que mantienen una vigencia asombrosa, incluso hoy, como la ya mencionada tendencia de algunos extremeños a justificar su propia inoperancia por razones ajenas a su voluntad (772).

Su *Guía* es sin duda un documento literario inestimable para conocer mejor la cultura y las tradiciones de los pueblos de Cáceres y Badajoz. Y si

sabemos leer entre líneas, es decir, si separamos el prejuicio del dato objetivo, incluso el retrato moral que hace de estas gentes puede ser fidedigno. Pues cuando no les hace culpables de todos los males sociales y económicos —y a eso es a lo que Ford se dedica casi todo el tiempo— no tiene más remedio que hablar de la cortesía y de la nobleza de corazón de los extremeños.

Por último, la filología, y, más concretamente, algunas etimologías, atrae también poderosamente el interés de Ford. Ya hemos visto cómo prodiga citas de sus lecturas literarias y cómo sabe condimentar muchas de sus anécdotas con refranes y dichos populares españoles. Pero donde más se manifiesta su afición por lo lingüístico, es, como se acaba de apuntar, en las abundantes etimologías con que salpica su relato. Siente una preferencia no disimulada por las raíces árabes de ciertos términos, como el origen de «bellota», importante para la vida de Extremadura.

Así, nos recuerda que la palabra «ganado» procede del árabe:

«Las ovejas, "ganado" (del árabe "ganam"), son llamadas transhumantes, por las tierras que atraviesa» (774).

También nos ofrece Ford una explicación de la palabra «merino» que, si bien no la hace proceder del árabe tampoco nos concede totalmente su paternidad. En la aclaración que nos ofrece, Inglaterra aparece implícitamente como merecedora de parte del mérito de esa raza:

«El término "merino" deriva de "marino", porque esta raza de ovejas fue importada de Inglaterra por mar, bajo el reinado de Enrique II» (774).

Para concluir, se puede afirmar que la imagen que proyecta Ford de Extremadura en su *Guía para viajeros ingleses*, es la de un pueblo que aún no ha sabido sobreponerse a la decadencia que siguió a su pasado glorioso lleno de importantes empresas. A ese pasado le ha sucedido una época tenebrosa en la que esta región no tiene eco alguno en el resto del mundo civilizado; y ni siquiera parece existir en la leyenda.

Este es el sentido de su continuo lamento ante las ruinas de Mérida o los restos de la civilización musulmana. Las causas de la ruina de la agricultura, para mencionar uno de los aspectos que más han preocupado a los viajeros europeos de los últimos siglos, se remontan al siglo XIII, en el que los «vagos e ignorantes soldados conquistadores» (773) desplazan a los «laboriosos moros» (772), que habían sabido explotar la fertilidad de la tierra.

Curiosamente, incluso en el pasaje en que Ford nos da esta lección de economía, el oriental no es el laborioso moro sino el cristiano invasor:

«Vastas extensiones anteriormente cultivadas fueron abandonadas, y la

naturaleza, aquí prolífera, volvió a ejercer sus derechos, destruyendo pronto los surcos hechos por el hombre, cubrió el suelo con hierbas aromáticas, y lo abandonó a las aves y bestias salvajes. Este fue el alcance de la tala, verdadera palabra morisca ("talah", muerte, exterminio), y donde el ejército oriental puso su pie la tierra quedó abrasada como si de un rayo se tratara y nunca volverá a crecer la hierba. Sólo una mínima parte del país volvió a ser cultivada de nuevo por los vagos e ignorantes soldados conquistadores» (772-73).

El texto es lo suficientemente elocuente como para insistir de nuevo sobre los prejuicios de este viajero que, por lo demás, nos ha legado una lección que merece la pena asimilar.

M.ª TERESA CORCHADO PASCASIO
Universidad de Extremadura

A Misión de Esperanza, de Francisco Díaz de Cova

La obra, evidentemente, aglutina Díaz de Cova en un período que abarca desde el descubrimiento de América hasta el siglo XVIII, Portugal fue un país que, al igual que España, se dedicó a la conquista de las Indias. Portugal, sin embargo, se dedicó a la conquista de las Indias Orientales, y no a las Indias Occidentales. La obra de Díaz de Cova es un estudio de la historia de Portugal, y no de la historia de España. La obra de Díaz de Cova es un estudio de la historia de Portugal, y no de la historia de España. La obra de Díaz de Cova es un estudio de la historia de Portugal, y no de la historia de España.

Como literatura de viajes, la obra de Díaz de Cova es un estudio de la historia de Portugal, y no de la historia de España. La obra de Díaz de Cova es un estudio de la historia de Portugal, y no de la historia de España. La obra de Díaz de Cova es un estudio de la historia de Portugal, y no de la historia de España.

La obra de Díaz de Cova es un estudio de la historia de Portugal, y no de la historia de España. La obra de Díaz de Cova es un estudio de la historia de Portugal, y no de la historia de España.

Notas y Comentarios

Francisco Díaz de Cova y su libro *A Misión de Esperanza* son un estudio periodístico de un país que en Portugal hay y realmente es un país que, al igual que España, se dedicó a la conquista de las Indias. La obra de Díaz de Cova es un estudio de la historia de Portugal, y no de la historia de España. La obra de Díaz de Cova es un estudio de la historia de Portugal, y no de la historia de España.